

bastante generosidad. Pero Hudson Lowe, acostumbrado á martirizar á los prisioneros franceses sobre los pontones, y cuya carrera militar habia sido señalada unicamente por acciones vergonzosas, venia de intento con el fin de ultrajar al Emperador caido. Nada olvidó, para atormentar mejor á su víctima, de todo cuanto pudo imaginar para incomodarle, así como á sus fieles compañeros. Se prohibió toda comunicacion con los habitantes de la isla, y particularmente con los oficiales del valiente regimiento 63º que le tributaban la especie de culto que un gran guerrero inspira siempre á sus mismos enemigos. El ódjo del gabinete británico habia prohibido de antemano á Napoleon la posibilidad de tener noticias de su madre, de su muger, de sus hermanos y de su hijo; sus cartas, cuando se le permitia recibir algunas, llegaban abiertas. En vano pidió los diarios ingleses y franceses y los libros que se publicaban. Sir Hudson Lowe trataba á su augusto prisionero como á un reo á quien se pone incomunicado. Juzguese de la feroz barbarie del gobernador ingles por el rasgo siguiente; Napoleon habiendo sabido que uno, que acababa de llegar de Europa, habia

visto á Maria Luisa y habia hablado con su hijo, pidió que se le permitiese ver á este hombre; Hudson Lowe se negó con la mayor crueldad á darle esa satisfaccion.

Lord Holland y algunos otros ilustres individuos de la oposicion, se quejaron publicamente, en el parlamento, del modo infame con que se trataba á Napoleon. Pero lord Bathurst contestó con mentiras, asegurando entre otras cosas, que el prisionero de Santa-Helena tenia á su disposicion tesoros inmensos. Napoleon, luego que lo supo, notó de golpe la elocuente impugnacion siguiente, menos para confundir al ministro que para que le oyesen la Francia, la Inglaterra, la Europa y la posteridad.

« Quereis conocer los tesoros de Napoleon;  
 » son inmensos, por cierto, pero se hallan ex-  
 » puestos á la luz del dia, y son: el hermoso  
 » puerto de Amberes y de Flesinga, en que  
 » pueden caber un sin fin de navíos, abrigan-  
 » dos contra todo riesgo maritimo; las obras hi-  
 » dráulicas de Dunkerque, del Havre, de Niza;  
 » el puerto gigantesco de Cherbourg; las obras  
 » marítimas de Venecia; los hermosos caminos  
 » de Amberes á Amsterdam, de Maguncia á

» Metz, de Burdeos á Bayona; los pasos del  
 » Simplon, del Montcenis; del Mont-Genèvre,  
 » de la Corniza que abre los Alpes en cuatro  
 » direcciones (en eso solo hallareis mas de  
 » ochocientos millones), etc., etc. Los puen-  
 » tes de Jena, de Austerlitz, etc., etc. Los  
 » innumerables canales; el restablecimiento  
 » de la mayor parte de las iglesias derribadas  
 » durante la revolucion y la construccion de  
 » otras muchas; la construccion del Luvre  
 » y las inmensas obras de Paris, de Leon,  
 » de Roma, etc. Las fábricas de toda clase  
 » establecidas ó fomentadas; los museos, los  
 » diamantes de la corona, todos comprados  
 » con su dinero, etc., etc., etc.

» He aquí lo que forma un tesoro de mu-  
 » chos miles de millones, que durará siglos  
 » enteros.

» He aquí los monumentos que han de con-  
 » fundir á la calumnia!!!... La historia dirá que  
 » esto se hizo enmedio de guerras continuas,  
 » sin acudir á empréstitos y disminuyendo  
 » la deuda pública, así como las contribu-  
 » ciones!!!.....»

Entretanto el gobernador de Santa-Helena  
 seguía mortificando á Napoleon de todos mo-

dos; tuvo por conveniente venir á justificarse,  
 echando la culpa al ministerio ingles que le  
 imponia un deber riguroso. « Otro tanto hace  
 » el verdugo, contestó el Emperador, ejecu-  
 » tando las órdenes que recibe; no quiero  
 » creer que un gobierno sea bastante vil para  
 » dar las órdenes que haceis ejecutar.... Teneis  
 » todo poder sobre mi cuerpo, pero ninguno  
 » sobre mi alma, que es tan soberbia y tan  
 » valiente como cuando mandaba la Europa.  
 » Sois un esbirro siciliano y no un Ingles; os  
 » ruego que no volvais mas, hasta que tengais  
 » la orden de acabar conmigo; entonces halla-  
 » reis todas las puertas abiertas. » A pesar de  
 esta prohibicion, los sicarios de sir Hudson  
 Lowe quisieron penetrar dentro del asilo de  
 Napoleon; pero la amenaza de una defensa  
 desesperada y la protesta reiterada de que no  
 se violaria el derecho de su casa, sino pasando  
 sobre su cadaver, le libertaron por fin de esta  
 persecucion. Pero el ódio y la malignidad lo-  
 graron su fin que era asesinarle con lentitud  
 y de un modo infalible. En efecto, Napoleon,  
 por no tener en adelante ninguna relacion con  
 sus tiranos, resolvió confinarse enteramente  
 dentro de su estrecha y fatal habitacion y ade-

lantó así, con el defecto de ejercicio, y sobre todo con el trabajo inmenso que necesitaba la redaccion de sus Memorias, la época en que, segun su expresion enérgica, el cielo de Santa-Helena encargado del atentado de su muerte, debia consumarlo.



---

---

## CAPITULO II.

### ENFERMEDAD Y MUERTE DE NAPOLEON.

EL conde de Lascases, chambellan de Napoleon, á quien se deben los preciosos y tiernos recuerdos de los quince primeros meses de Santa-Helena, habia sido arrancado á la confianza y á la amistad del cautivo, por su implacable carcelero. Una carta insignificante, confiada á un viajante, sin haber sido presentada abierta al gobernador, fue la causa inocente de la separacion de M. de Lascases y del jóven Manuel, su hijo, niño entonces, que despues fue á vengar públicamente en Londres, sobre la persona de sir Hudson Lowe, los ultrajes hechos á su padre y á Napoleon que los vió, desde su ventana, arrastrados por los soldados. Con una barbarie igual, se le quitó el médico del *Northumberland*, O'Meara; era muy culpado á los ojos de Hudson Lowe; que-ria mucho á Napoleon, que tambien le profe-